

que hasta entonces siguiera desbordándose y dilatando sus estragos, había llegado, como el océano, al límite marcado por el dedo de Dios: ya también preparábase el triunfo de la Iglesia mediante la elección prodigiosa de un nuevo pontífice, y la justificación de la Providencia divina mediante el castigo de los culpables.

La Francia ha osado decir al Cordero dominador: *No queremos que reines sobre nosotros*, y los hombres se han saciado de la sangre de los Mártires; pero también la mano de Dios se descarga sobre la Francia y los perseguidores. Un vendaval horrible ha soplado, conmoviendo el país hasta sus cimientos: fundaciones, riquezas, ciudadanos, todo perece, y por espacio de diez años la historia del reino, antes cristianísimo y ahora rebelde á Jesucristo, se escribe con la punta de un puñal ensangrentado: nunca las generaciones contemplaron espectáculo más lastimoso. Sin embargo, los grandes criminales que arrojaron á la Francia á tales excesos no logran evitar el golpe de la venganza divina que les amaga: el uno es devorado por los perros; el otro fallece miserable, y casi todos pierden su cabeza en el cadalso⁴. Collot-d'Herbois, el que á la ferocidad reunió la derision sacrilega, espanta á los mismos negros por la atrocidad de su muerte: ¡aviso á los perseguidores! Hé aquí un resumen de ella: Este impío furibundo y exaltadísimo revolucionario era carne y uña con Robespierre, á quien secundó en todas sus empresas abominables. Él fué el promovedor de los asesinatos de Lyon, cuando enviado allá en el año 1793 sacrificó por mano del verdugo, ó á tiros y á metrallazos, nada menos que mil seiscientas personas reas del solo delito de haber querido sacudir el yugo de la tiranía; pero no tardó mucho la ira de Dios en caer sobre él. Vacilando la Convencion en arrostrar la opinion pública abiertamente pronunciada contra este monstruo, decretó su arresto en 2 de marzo de 1793 y luego su deportacion á Cayena, donde no solo era odiado de los blancos, sino de los negros, los cuales en su idioma le llamaban *verdugo de la Religion de los hombres*.

« En aquel destierro, según refiere un testigo ocular, exclamaba á veces: *¡Castigado estoy! ¡el abandono en que me hallo es un infierno!*... En esto le toma y devora una calentura inflamatoria, durante la cual invoca á Dios y á la Virgen santa. Un soldado imbuido por él en el ateísmo, oyendo tales voces, le pregunta cómo llama á aquellos de quienes pocos meses antes se burlaba. — *Amigo*, responde Collot, *entonces mi boca hacia la ley á mi corazón*; y volvía á clamar: *¡Dios mio, Dios mio! ¿puedo todavía esperar perdon? Enviadme un consolador; enviadme alguien que aparte mi vista del bra-*

⁴ Sesenta y tres fueron los presidentes de la Convencion nacional, y de ellos diez y seis murieron guillotinado, tres suicidados, ocho deportados, seis encarcelados á vida, cuatro locos ó dementes en Bicêtre, y únicamente dos se eximieron de toda especie de condena.

sero que me consume. ¡Oh Dios! ¡volvedme la paz! Tan atroz era el espectáculo de sus últimos momentos, que fué necesario ponerle separado; y mientras se buscaba un sacerdote, espiró el día 7 de junio de 1797 con los ojos entreabiertos, los miembros contraídos, y echando bocanadas de sangre y espumarajos. Los negros, apresurados para ir á un baile, lo enterraron solo á medias, y su cadáver fué pasto de los cerdos y de los cuervos!... »

Después de justificada la Providencia, haciendo ver al mundo que ni los hombres ni los imperios, cualesquiera que sean, logran impunemente burlarse del Cordero dominador, y que cuantas veces el grito deicida de los Judíos se repite en una nacion, una lluvia de castigos cae sobre ella, la destroza y convierte en padron de la eterna justicia; Dios consoló á la Iglesia, nuestra madre, dándole nuevos hijos en reemplazo de los que se hicieron indignos de sus beneficios.

Primeramente le devuelve, como por milagro, su Jefe visible. Cuando la impiedad creyó poder sentarse triunfante sobre un haz de cruces destrozadas, otro de sus representantes decia en tono de triunfo: « Guardad bien á vuestro Papa actual, cuidadle y embalsamad-le después de su muerte, porque os predigo y creed cierto que acabado este no tendréis otro⁴. » Para que se vea toda la ridiculidad de tal profecía, obsérvese de qué manera subió Pio VII al trono pontificio.

Coge Dios del brazo al joven general Bonaparte, vencedor de Italia, y lo conduce á los últimos confines del Oriente; al propio tiempo llama del fondo del Norte á los libertadores del Mediodía, y á su voz los Rusos y los Ingleses avanzan sobre Italia, desalojan de ella á los Franceses, y dan tiempo á los dispersos cardenales de reunirse para elegir un nuevo pontífice; y á fin de que este grande acontecimiento tuviese el sello de una potestad sobrenatural, Dios elige al protector nato de la Iglesia griega para que se constituya defensor de la romana, ordenándole que cambie la faz de la Italia, que aleje todos los obstáculos y allane todos los caminos para la reunion de un nuevo conclave de una manera pacífica y regular, y que no ofrezca la menor apariencia ni pretexto de division. Venecia es la que tiene la dicha y la gloria de albergar al Sacro Colegio; juntanse en su recinto los miembros de él, y echados los votos queda proclamado Pio VII. Tiene ya, pues, la Iglesia otro jefe digno de reparar sus quebrantos y cerrar sus llagas, y queda de nuevo y para siempre afianzada la religion católica, no consintiendo la Providencia que la sucesion de los Pontífices romanos quede interrumpida, ó que una religion cismática desgarre el Catolicismo.

⁴ Barruel en sus *Memorias para esclarecer la historia del Jacobinismo*, refiere que esta especie fué vertida por el apóstata Cerutti, entonces redactor de la *Feuille villageoise*, hablando con el secretario mismo del Nuncio apostólico en Paris.

No era este el solo consuelo que el Hombre-Dios daba á su muy amada Esposa ; pues al tiempo que una parte de la tribu santa la honraba con su constancia bajo el hacha de los verdugos, la otra la hacia conocer y respetar en los países donde reinaba la herejía. Cuarenta mil sacerdotes franceses lo abandonan todo antes que renunciar á la Religion : id, ilustres proscritos ; nueva mision os comete el cielo, y vosotros seréis los instrumentos de un nuevo prodigio que va á confundir á la impiedad. Estos sacerdotes y pontífices, gloriosos confesores de la fe romana, se derraman por toda la haz de Europa, y el carácter de persecucion que llevan impreso, su saber, su celo, su caridad, su solo aspecto echa por tierra las añejas prevenciones que por tanto tiempo han dividido la grey de Jesucristo. Hablan, y conversiones innumerables siguen á sus discursos ; el movimiento se propaga, y los príncipes, los sabios, los hombres de todas las clases vuelven al gremio de la Iglesia para convertirse en hijos llenos de respeto y cariño filial, que enjugarán á porfía el llanto de la Esposa de Jesucristo. Es cosa admirable que nunca como en aquel período abundaron tanto las conversiones en el seno de las iglesias segregadas ; de manera que el terrible huracan de la revoluciou francesa, el cual segun decir de los impíos debia aniquilar á la Iglesia, convirtióse insiguiendo los decretos de la Providencia en aura favorable que transportó á remotas regiones la semilla evangélica, la cual rindió sin cesar un beneficio de ciento por uno.

Mas todavía : la América estaba alargando sus brazos á la Iglesia romana, el Gobierno protestante de los Estados Unidos pedia obispos, y las naciones mas lejanas de Oriente, estremeciéndose al nombre de Jesucristo, postrábase de hinojos al pié de la cruz. Sí : al mismo tiempo que la impiedad victoriosa se esforzaba en apagar la antorcha evangélica con la sangre de sus sacerdotes, la Providencia hacia llevarla á un país nuevo donde aun no habia penetrado. Este país era la Corea.

Llábase Corea una península idólatra, casi igual en extension á la Italia, colindante con la China y separada del Japon por un brazo de mar ancho de unas treinta leguas. Hé aquí cómo se introdujo en ella el Cristianismo : Llega á Pekin en 1784 un mancebo llamado Ly, hijo de un embajador del Rey de Corea. Aficionado este jóven á las matemáticas, se dirige á los misioneros europeos pidiéndoles libros y lecciones sobre esta ciencia, y los misioneros, aprovechando la coyuntura, se los prestan tambien sobre religion. La gracia obra en él, se convierte, y es bautizado con el nombre de *Pedro*. De regreso á su patria el nuevo discípulo de Jesucristo comunica á sus deudos y amigos los principios de la verdadera fe, les presta los libros que habia recibido, cuya lectura junto con las lecciones vivas del neófito atraen á muchos á la nocion del verdadero Dios. Á mas de los que él bautiza

por su mano, por la de los catequistas que tambien instituye, entran en el gremio del Cristianismo personas de toda clase, cuyo número en el breve espacio de cinco años excede de cuatro mil.

La propagacion de la nueva doctrina no pudo ocultarse mucho tiempo á los ministros del Rey de Corea, los cuales decretaron varias capturas ; pero la persecucion en todos lugares y en todos tiempos acrece infaliblemente el número y el fervor de los Cristianos : entre los presos habia dos hermanos llamados Pablo y Jaime, los cuales, preguntados por el gobernador, con noble sinceridad confesaron á Jesucristo. Pablo demostró la verdad de la Religion con tal evidencia, que los gentiles quedaron asombrados y los jueces furiosos. Habiendo escrito al Rey, dió orden de buscar con diligencia á todos los cristianos, reducirlos á prision, y no soltarlos hasta que renunciaran á su creencia, de palabra ó por escrito. Tocante á los dos hermanos dispuso fuesen llevados á su presencia, pues queria interrogarles él mismo. Á las varias preguntas que les dirigió, respondieron : « Profesamos la » religion cristiana, porque hemos reconocido su verdad, y sea cual » fuere la voluntad de Dios, cristianos viviremos y moriremos. »

Esta contestacion lacónica, pero enérgica, no fué del agrado del tribunal de la corte, y en consecuencia dispuso se torturase á los dos hermanos hasta que renunciaran á Jesucristo. Haciéndose mas tenaces con los tormentos, se procuró reducirles con halagos, y como todo fuese inútil, airado el juez decretó su muerte. Segun costumbre del país, el Rey debia confirmar este decreto, pero súpole mal, conociendo el talento y las bellas cualidades de Pablo, y apreciando á su familia. Mandó, pues, en secreto algunas personas que hablaran á los presos haciéndoles ver su locura ; mas como tampoco nada recabase, enojado á su vez confirmó la sentencia. Los generosos atletas conducidos al lugar del suplicio iban rodeados de una muchedumbre inmensa de gentiles y cristianos : Jaime, medio muerto por efecto de la tortura, articulando apenas los nombres de Jesús y de María ; Pablo, erguido, alegre como quien se dirige á un festin delicioso y anunciando á Jesucristo con tal dignidad, que los cristianos y hasta los infieles quedaban penetrados de admiracion.

Aun al llegar al patíbulo se les pregunta si renuncian á su fe ; pero siguiendo negativos, el oficial ejecutor manda á Pablo que él mismo lea la sentencia de su muerte, lo que hace el jóven tomando el papel y leyéndolo en alta voz. Poseido al mismo tiempo de una celeste alegría, reclina la cabeza sobre un gran tajo de madera, pronunciando repetidamente los dulces nombres de Jesús y María, y con la mayor impavidez hace señal al verdugo de que cumpla su cometido. El verdugo le decapita al igual que á Jaime, quien á pesar de su estado mortal tenia aun bastante fuerza para repetir los mismos nombres que su hermano.

Nueve días permanecieron insepultos sus cuerpos, hasta que sus parientes y amigos, obtenida licencia para enterrarles, fueron por ellos, quedando asombrados de ver que no presentaban señal alguna de corrupcion, antes se conservaban frescos y flexibles cual si los hubieran decapitado aquel mismo día. Aumentó su asombro cuando repararon que la sangre vertida sobre el tajo era también líquida y colorada como al salir de las venas. Allí fué entonces el declamar contra la injusticia de los jueces, y el proclamar la inocencia de ambos hermanos, y muchas personas movidas por el prodigio que tan patente veían se convirtieron á la fe, al paso que los cristianos bendecían al Señor.

La sangre de estos dos Mártires fué un semillero de nuevos cristianos, contra los cuales en el año 1800 se encendió una persecucion mas terrible que la primera, de la que fué víctima el único misionero que entonces habia en Corea. Quedaron sin embargo gran número de neófitos ardientes y piadosos, de los que algunos recientemente han pasado á la China para solicitar nuevos apóstoles, asegurando que la cosecha seria abundante; de cuyas resultas varios misioneros se han trasladado allá. ¡ Quiera el cielo bendecir su abnegacion y el fervor de estos nuevos cristianos ⁴ !

No entra en el plan de este Catecismo seguir la historia de la Religión durante el siglo XIX, lo que si haremos, será echar una rápida ojeada al período que media entre las dos fechas de 1799 y 1840. Esta reseña, por estilo de la que presentamos en la lección XLVIII, al paso que demuestra la superabundancia de vida de la Iglesia romana en los dos supremos momentos en que sus enemigos pregonan su derrota, responde victoriosamente á sus gritos de muerte, y hace palpitar de fe, amor y esperanza todos los corazones católicos.

Veo á esta Iglesia, tras la muerte del Pontífice que en decir de la impiedad debia ser el último, renaciendo en cierto modo en la persona del glorioso Pio VII, elegido por milagro en Venecia; y luego pasada esta deshecha tormenta, que también en decir de sus enemigos debia borrar hasta su nombre, volver á Francia, pobre á la verdad en bienes de fortuna, pero rica en virtudes y brillante bajo los estigmas del martirio; con una mano lidiando firme y apoyada por la justicia contra el gigante que despues de hollar bajo sus piés tantas coronas de reyes, creyó poder ceñir su cabeza con la tiara de los pontífices; y con otra recogiendo una á una las piedras disemi-

⁴ El número 93 de los *Anales de la Propogacion de la Fe* contiene el relato de otra persecucion que acaba de desplegarse en Corea, y los ejemplos de fe y entereza dignos de los primeros cristianos, que han presentado los neófitos.

nadas del santuario, y no obstante la oposicion del poder temporal, no obstante los sarcasmos de la impiedad, reconstruir con ánimo infatigable los muros de la santa Jerusalen. Véola, tras diez años de lucha, libertada por su divino Esposo, armando en su defensa los hombres y los elementos, volviendo á tomar en triunfo el camino de la ciudad eterna, mientras su perseguidor destronado y cautivo iba á espirar en un peñon desierto en mitad del Océano.

Mirola despues cicatrizando sus heridas, llenando otra vez las filas de su milicia diezmada por la segur de la impiedad, oponiendo dulzura, caridad y oraciones á los ultrajes incansables de sus enemigos; y luego, bendiciendo Dios sus lágrimas, contemplo las innumerables maravillas operadas á su voz como por encanto en todo el ámbito del suelo francés, 30,000 iglesias restauradas ó construidas; 10,000 escuelas y hospitales; 40,000 sacerdotes; 33,000 religiosos de uno y otro sexo, y la Orden mas austera de todas, la de la Trapa, numerosa como nunca; mas de dos millones de buenos libros dados á luz; una actividad nunca vista para todas las obras de misericordia espirituales y corporales... hé aquí el asombroso espectáculo que se ofrece á la vista de todos, y que sirviendo de consuelo á los fieles llena de desesperacion á los impíos.

No menos activa y fecunda aparece en otras partes: en Prusia y en Rusia está oponiendo á la herejía y al cisma colocado en el trono la intrepidez de sus Pontífices, arrancando un clamoreo de admiracion á sus perseguidores, en tanto que les hace soltar las armas de la mano: en la Gran Bretaña quebranta los hierros remachados hace tres siglos en los puños y en los piés de la fiel Irlanda, minando en Inglaterra el Protestantismo opresor, mientras allí arrebata á una herejía tenaz y restituye al aprisco dos millones de ovejas, erigiendo obispados hasta en la metrópoli del error, y edificando mas de 600 iglesias en los ensangrentados dominios de Enrique VIII y de Isabel.

Si de Europa llevo mi vista á otros puntos del globo, veo asimismo á esta Iglesia desplegar una pujanza y actividad sin ejemplo en la historia. Entre ella y el error, Briareo de cien bocas y cien brazos, hase trabado una lucha mas que nunca encarnizada y general, y en tiempos no lejanos el mundo entero, cual en los del Cristianismo naciente, será la recompensa del vencedor. ¿ Qué parte de la tierra no ha visto ya á los misioneros casados del Anglicanismo, á los asalariados buhoneros de las sociedades bíblicas ⁴ anticipándose en todos lugares á conquistar para el error las nuevas poblaciones

⁴ Cada misionero anglicano goza un estipendio de 24,000 reales, sin otros 4,000 para el regalo de su señora esposa, y 2,000 para cada uno de sus hijos menores; de suerte que si el dinero y las Biblias bastasen para convertir gentes, todo el mundo seria ahora protestante; pero véase ¡ qué chasco! uno de estos pretendidos apóstoles confesaba no há mucho que la mision anglicana de Macao, en el espacio de veinte

que los prodigios de la navegacion hacen brotar, por decirlo así, cada dia del seno de los mares? Es otra vez Simon Mago precediendo á Pedro en Roma.

Pero la Iglesia católica tampoco se duerme: miradla difundir á largas distancias el espíritu de fuego que bajó sobre ella en el Cenáculo, reduciéndose á indicar á sus misioneros los países lejanos que conviene sacar del error; y esos Ángeles de paz, llevados en alas de los vientos, vuelan á los cuatro ángulos del mundo, apóstoles hoy de la buena nueva y mañana mártires suyos. ¡Cosa admirable! si los diez y ocho siglos que nos preceden no ofrecieran constante repetición del mismo fenómeno: cabalmente cuando la impiedad proclama en Europa el fin de esta Iglesia inmortal es cuando ella manifiesta mayor superabundancia de vida, y dilata su imperio hasta los últimos límites del universo. Cítese un solo punto del globo, una isla la mas perdida en la inmensidad del Océano, que recientemente no haya sido visitada por algunos de los apóstoles de esta Iglesia! ¿En qué playas, por apartadas y peligrosas que sean, han temido publicar la grandeza de su doctrina y derramar por ella su sangre? Gracias al cielo de estos héroes, desde los helados picos de la América septentrional hasta las ardientes llanuras que riega el Ganges, desde las islas oceánicas hasta la Corea, y desde el Tibet hasta el Cabo de Buena Esperanza, el árbol de vida plantado en la cima del Calvario extiende sus ramas tutelares y brinda á todas las tribus de la raza humana con sus frutos de inmortalidad.

¡Cosa todavía mas admirable! al siguiente dia de una revolucion veloz como el relámpago, terrible como el rayo, que en solas tres jornadas rompe una triple generacion de reyes, sepultando bajo ruinas sangrientas el antiguo solio de san Luis, considerado antes cual peana necesaria de la Iglesia; al dia siguiente, repito, el dia mismo de esa gran catástrofe, el cielo del apostolado se reanima en la tribu santa con nuevo ardor; pues si desde 1815 á 1830 el seminario de Misiones extranjeras solo envió cuarenta y seis apóstoles á las naciones infieles, desde 1830 á 1839 envió setenta y seis, y asimismo la Orden de Lazaristas habiendo en el primer periodo despachado siete solamente, en el segundo expidió mas de cuarenta. Á fin de que ningun pueblo quede postergado, dos nuevas Órdenes se establecen para evangelizar á las naciones recién descubiertas, y la Oceania oriental y la Oceania occidental son el dilatado campo donde se ejerce el santo celo de las congregaciones de Picpus y de María.

Otra circunstancia media, cuya oportunidad, haciendo aun mas prodigioso este fervor apostólico, pone en descubierto la Providencia

años y despues de gastar cerca de 2.000,000 de reales, solo habia logrado convertir siete chinos, incluso en el número los criados de la casa!!!

que sin cesar vela por la Iglesia: cuando en el año 1830 el Gobierno francés suprimia los socorros y limosnas que los Reyes cristianísimos habian siempre concedido á las Misiones, de cuyas resultas tratábase ya de cerrar el Seminario, una asociacion enteramente francesa, la Sociedad de la Propagacion de la Fe, hasta entonces parecida al grano de mostaza, que es de todas las simientes la mas pequeña, toma de repente una crecida inexplicable, y empezando por los católicos de Francia, siguiendo los del antiguo mundo, llevados del espíritu apostólico juntan sus preces y sus limosnas para socorrer á las Misiones, y asegurar á la Iglesia el éxito del combate que en todos los puntos del globo se empeña entre el error y la verdad. La suma de sus ofrendas anuales sube rápidamente de algunos miles de francos á mas de cuatro millones: gracias á este maravilloso concurso de los hombres y de la Providencia las TREINTA Y OCHO Órdenes ó congregaciones francesas y extranjeras que se consagran á las misiones de ultramar pueden salir adelante en sus tareas; y no solo queda asegurado el porvenir de las cristiandades antiguas, sino que pueden fundarse otras nuevas, duplicarse los operarios evangélicos, edificarse iglesias y seminarios, rescatar fieles cautivos, y hacer, en fin, brillar el sol de la gracia do quiera que resplandece y esparce vida el sol de la naturaleza, de suerte que hoy dia la Iglesia posee fuera de Europa, en regiones donde apenas su nombre era conocido hace algunos años, ciento y veinte obispados con cinco millones de neófitos. Si á esta cifra añadimos las naciones católicas de mas antigua fecha en las cuatro partes del mundo, tendrémolos en conjunto para el Catolicismo 800 obispados, sin contar los coadjutores, los sufragáneos y otros preladados, con mas de 150.000,000 de fieles.

No está muerta, pues, como dice la impiedad, esa Iglesia romana que aun impone su fe á tantos millares de inteligencias, y que cada dia engrandece su imperio con infatigables conquistas; pudiendo observarse que si el águila y la loba, imágenes sanguinarias de la Roma antigua, tuvieron que cejar ante una resistencia tenaz á orillas del Eufrates y del Danubio, la Roma nueva ha llevado sus pacíficos símbolos, la paloma y el cordero, hasta las márgenes del Ganges y el Mississipi, y aun mas allá, en ignotas regiones y entre pueblos sin nombre.

No está muerta, en verdad, esa Iglesia romana, que lo mismo ahora que en los dias de su infancia tiene en el corazon una caridad tan grande como el mundo, y en las venas sangre bastante para circular por toda la haz de la tierra, sangre generosa que, lejos de desvirtuarla, se convierte en fecunda semilla de nuevos cristianos.

No está muerta, en verdad, esa Iglesia cuya palabra saca de la barbarie y llama al banquete de la civilizacion á las tribus mas degradadas de la especie humana, al propio tiempo que su mano poderosa

edifica escuelas, conventos y hospitales en aquellas regiones idólatras donde los hijos son cosas semovientes, las mujeres esclavas y los pobres una casta impura.

No está muerta, en verdad, esa Iglesia cuyos resplandores constituyen toda la diferencia entre la civilización y la barbarie; echad sino una ojeada al globo: do quiera brilla la antorcha del Cristianismo, luz; do quiera no brilla, tinieblas; do quiera ha dejado de brillar, barbarie: así en materia de inteligencia la Oceanía se halla bajo cero, el África reducida á la nada, y el Asia muerta; solo hay vida intelectual en Europa y en América, que es donde existe la humanidad cristiana. Esta geografía de la inteligencia no solo responde victoriosamente á los clamores de muerte de la impiedad, sino que por sí resuelve y resume todas las grandes cuestiones sobre religión, Iglesia, filosofía é historia, siendo cosa geográficamente demostrada que la inteligencia humana es la inteligencia cristiana, y la razón humana la razón cristiana; y si á la historia le preguntais de dónde salieron y de dónde proceden aun esos torrentes de maravillosa luz, os señalará sin vacilar los adorables collados de la ciudad eterna.

No está muerta, no, ó hombres alucinados, esa Iglesia, madre vuestra y mía, á quien debéis toda la vida intelectual y social que tenéis, por mucha que sea. No ignoro que la disminución de la fe, la apostasía de las naciones, de las familias y de los particulares, la rebelión siempre mas general contra la Iglesia, es un hecho lamentable que diariamente toma creces en el seno de Europa; pero ¿dirémos por esto, como algunos, que la palabra de la Iglesia católica es fría é inerte? ¿No veis que eso es acusaros á vosotros mismos? ¿La palabra de la Iglesia fría é inerte! — Y ¿cómo os consta? ¿la habeis oido? ¿la habeis experimentado? ¿la habeis estudiado? ¿obliga ella acaso á los ciegos á que vean y á los sordos á que oigan? Cuando hace tres siglos se la está insultando, calumniando, adulterando, ridiculizando, ¿es culpa suya si ya no la entendeis ni estimais? ¿Por qué deja de producir en vosotros los mismos efectos que en tantas elevadas inteligencias y en tantos nobles corazones? ¿Estais seguros de que no sois vosotros los muertos sino ella? ¿Estais seguros de que no son vuestros ojos que están cegados, sino que la luz del sol se ha extinguido? Lo que yo sé es que, cuando el hombre llega á materializarse, el espíritu de Dios se retira, y la vida huye de él. Volved á leer ciertas páginas de cierta historia, la historia de los pueblos y de los hombres que hoy día pregonan la muerte del Catolicismo; quizás halléis en ellas la explicación de este misterio, y si eso no basta, pedidle al universo que aclare vuestras dudas, pedídselo á tantas naciones, á tantas cifras, á tantos hechos como acabo de reseñar.

Ya, pues, que en cualquier sociedad, la acción, la actividad y el influjo son signos irrecusables de vida, la Iglesia romana vive, y no,

en verdad, con una vida local, como las humanas constituciones, sino universal, y de consiguiente divina. Considerad las grandes masas de creyentes recién convertidos en toda la superficie del globo; 400,000 negros, 200,000 salvajes americanos, 320,000 chinos, 450,000 anamitas, 800,000 indos, 500,000 maronitas, 200,000 colonos ingleses, 1.200,000 ciudadanos de los Estados Unidos, y ante tales datos, negad, si podeis, la universalidad y el origen divino de una Religión que avasalla todos los climas, todas las variedades de raza, todos los grados de desarrollo intelectual, todas las fases é instituciones sociales, siendo por ende ajena á esas condiciones de tiempo y lugar, accesorios siempre necesarios de toda creación terrena¹.

¡Salve ahora, ó Iglesia inmortal! ¡Salve, horizonte magnífico que ante tí miro extenderse! ¡Salve, Madre adorada, que alumbraste mi cuna y protegerás mi sepulcro! El brazo potente del divino Esposo tan largo es ahora como siempre; cumpliráse, sí, tu misión benéfica, cual empezaste y seguiste cumpliéndola al través de reñidos combates; la corona de espinas, diadema incommunicable de la Esposa legítima del Dios del Calvario, realzará siempre tu frente virginal, y la antorcha divina que en tus manos fué colocada arderá siempre, lo creo de veras; y nunca, espero, dejará de resplandecer sobre mi patria. No, Dios mio; Vos no quitaréis la fe á la hija primogénita de vuestra Iglesia, á la que tan notoriamente criásteis y disteis al mundo para ser el consuelo, el brazo y la voz de su Madre²; á la que hoy mismo, á pesar de sus infidelidades, atrae hácia el Catolicismo á todas las naciones de la tierra, cual el sol arrebató en su movimiento á todos los astros del cielo; á la que por sus limosnas, por sus oraciones, por su sangre, es aun la primera en haceros conocer, amar y bendecir de pueblos los mas lejanos que yacen en las sombras de la muerte³. Y Vos, María, aliada poderosa de la Francia, Madre de misericordia, tampoco desmentiréis el solemne oráculo que para gloria vuestra y consuelo nuestro pronunció uno de los órganos mas autorizados de vuestro Hijo, diciendo que el *reino de Francia es el reino de María, y nunca perecerá; Regnum Galliarum, regnum Mariarum, nunquam peribit*⁴; y para la Francia, no perecer, es volver á ser católica.

¹ Véase *Anales de la Propagación de la Fe*, n. 71, pág. 330 y sig.

² ¡Con que, la Francia, ó sean los Franceses católicos, son el consuelo, el brazo, la voz de la Iglesia!... Unido esto á lo que el infrascrito oyó predicar en aquella nación, á saber: que « si el alma de la Iglesia está en Roma, el corazón de la misma » está en Francia, » podría casi darnos á entender que la persuasión de los cristianísimos es que la fe *Romana* puede que llegue un día á ser *francesa*!... ¡si volviesen á tener al Papa en Aviñon, qué cosasas no veríamos y oiríamos!!! (*Nota del Censor de la Librería Religiosa.*)

³ Fácilmente se comprenderá que no es, por desgracia, la Francia como nación la que merece estos elogios, sino los católicos Franceses.

⁴ Benedicto XIV.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haberme dejado leer esa hermosa historia de vuestra caridad para con el hombre : Dios amando á los hombres y amándoles siempre, únicamente ocupado en hacerles todo bien, tal es la sublime é interesante verdad que se halla escrita en cada página de la Religion. ¿ Quién en vista de eso dejará de amaros? Porque si Vos tanto nos quisisteis, ¡oh Dios bueno! fué para granjearos nuestro amor, cual si no pudiérais ser feliz sin nosotros.

Reitero, pues, aquí por la ciento y quincuagésima vez el propósito de amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios.

CATECISMO COMPENDIADO.

LECCION I.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. — PRIMERA PREDICACION DE LOS APÓSTOLES. — SIGLO I.

PREGUNTA. ¿Dónde se retiraron los Apóstoles despues de la ascension del Señor?

RESPUESTA. Á Jerusalem con la santísima Virgen, y entraron en el Cenáculo para esperar entre la oracion y la meditacion el descenso del Espíritu Santo, que recibieron el dia de Pentecostes.

P. Cuéntame la historia de este milagro.

R. Como á las nueve de la mañana dejóse oír por toda la casa en que se hallaban reunidos los Apóstoles un gran rumor como el que produce un fuerte huracan, y al mismo tiempo aparecieron unas lenguas de fuego que se posaron sobre la cabeza de cada uno de ellos; al momento hablaron todos diferentes idiomas, y cambiados en otros hombres, marcharon á anunciar á Jesús crucificado.

P. Continúa refiriéndome este hecho.

R. Al saber lo que habia pasado acudió al Cenáculo una gran multitud de pueblo, y á pesar de que la componian hombres de todas las naciones, todos comprendian á los Apóstoles; tal milagro, junto con las palabras de san Pedro, convirtió al momento á tres mil personas.

P. ¿Qué hicieron luego los Apóstoles?

R. Bautizaron á los nuevos fieles, despues de lo cual Pedro y Juan se dirigieron al templo, donde curaron milagrosamente á un cojo de nacimiento.

P. ¿Cuál fué el efecto de este nuevo milagro?

R. Este milagro, acompañado de un segundo discurso de san Pedro, convirtió á cinco mil personas.

P. ¿Qué hicieron los principes de los sacerdotes?

R. Asustados por los progresos del Evangelio, prendieron y azotaron á los Apóstoles, prohibiéndoles predicar en nombre de Jesús de Nazareth.

P. ¿Qué contestaron los Apóstoles?

R. Antes se debe obedecer á Dios que á los hombres, y continuaron su mision; mas irritados los Judíos condenaron á san Estéban á ser apedreado.